

EL PRINCIPAL DE PALMA, ESTRENA REFORMA

El Teatre Principal de Palma de Mallorca volvió otra vez a la vida, cumplida su cuarentena, una noche feliz del pasado mes de junio, con "Los locos de Valencia", el Lope mediterráneo de Marsillach y su Compañía Nacional de Teatro Clásico. De las reformas edilicias y de la futura programación, habla Serafín Guiscafré, su director-gerente: "El Principal es el teatro del pueblo y tiene mucho más calor que otras salas con mejores condiciones pero sin tanta tradición. El Principal tiene que programar todo lo que la gente quiere que se programe".



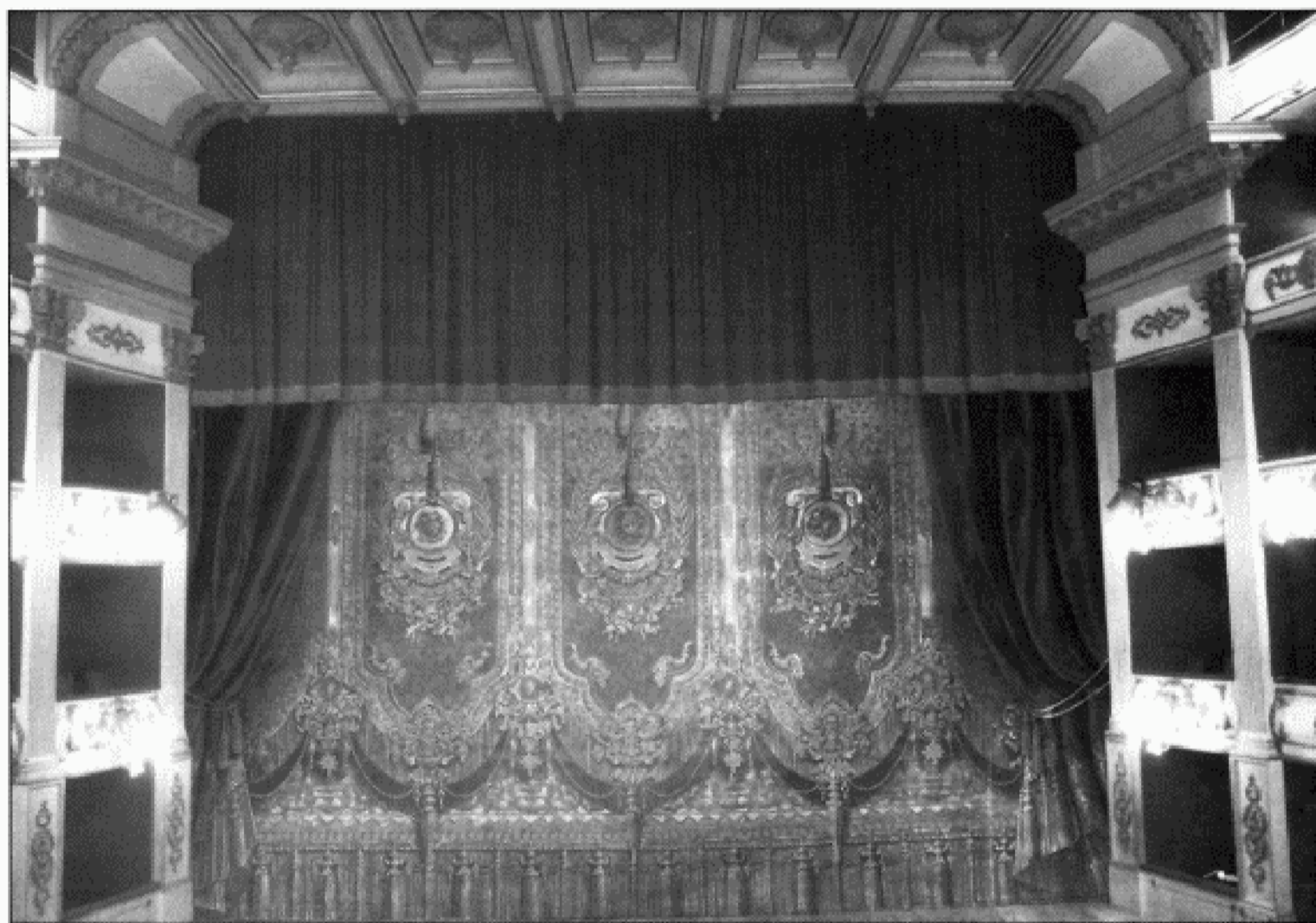
Gabriel Sabrafín

No es la primera vez que el Teatre Principal de Palma de Mallorca —la antigua "Casa de las Comedias"— tuvo que cerrar sus puertas para someterse a una operación de cirugía, más o menos profunda, dejando prácticamente huérfano de espectáculos a un público que, pese a todo, sigue acudiendo al teatro. El Principal, cuya política teatral ha sido —incluso— cuestionada muy seriamente en el marco del Parlamento balear, es, por excelencia, el primer escenario del archipiélago y uno de los más bonitos locales a la italiana que existen en España, en el que se produce la casi totalidad de la programación de teatro en Palma. Lo que ocurre es que todas las reformas llevadas a cabo en el vetusto caserón han dejado siempre cabos sueltos, sin alcanzar las óptimas condiciones de acústica y visibilidad deseables. Y, al parecer, tampoco en esta ocasión va a quedar el teatro en disposición de afrontar el reto que las modernas dramaturgias requieren.

Cerrado desde primeros de año, ha visto su reapertura el pasado mes de junio. No ha faltado quien haya visto en esto una maniobra electoralista, de cara a los comicios autonómicos. Sin embargo, el propio director-gerente asegura que este extremo es absolutamente falso, ya que la reforma —pagada con los dineros del extinto Ministerio de Administración Territorial— se inició tan pronto estuvo aprobado el presupuesto, cuya gestión fue larga y laboriosa pese a tener, por entonces, a un mallorquín al frente del departamento de las autonomías.

■ La Casa de las Comedias

En Mallorca, como en todo el mundo, el teatro fue itinerante en sus comienzos. Itinerante, callejero, peripatético e incomprometido por las fuerzas vivas de entonces, capaces de lanzar contra



Arriba, primera acción emitida en 1857 para las obras del teatro. Sobre estas líneas, el telón de boca restaurado.

él las más encendidas diatribas por lo que tenía de peligroso, crítico y —aún en ocasiones— obsceno. Es ésta una servidumbre que el teatro no ha logrado sacudir jamás. Pero la gente, en Mallorca, quería teatro y reclamaba con insistencia la presencia de cómicos que pusieran en sus vidas ese toque esotérico y evasivo tan necesario y que, por otra parte, podría contribuir, de alguna manera, a subvenir necesidades de tipo social, con el producto de aquellas prehistóricas "taquillas". Así fue como un eclesiástico palmesano cedió unos terrenos al Hospital, para construir en ellos la primera "Casa de Comedias" cuyos beneficios irían destinados a la recaudación de fondos para atender a los desheredados de la fortuna. Corría el año 1662 y, tras la oportuna cesión, se iniciaron los papeleos de rigor y la captación de ayudas en metálico para levantar la obra. Ocho mil libras costó poner en pie el primer teatro de la entonces llamada Ciudad de Mallorca, recogidas

con el esfuerzo de todos y ante una furibunda campaña en contra de la escena, alentada desde los púlpitos y resuelta, al cabo, por una orden del mismo rey de España, decretando no ser procedente la oposición a la llegada de cómicos a Mallorca. Avanzaba el año de 1686 y, entre dimes y diretes, autorizaciones y revocaciones, la "Casa de las Comedias" iba tirando, mal que bien, y solía ver cómo, con singular frecuencia, sus ochocientas localidades —entre asientos de platea, bancos, lunetas y palcos— resultaban insuficientes.

Las reformas se iniciaron en 1678 y cuando, el 20 de octubre de 1692, "se hundió parte de la Casa de las Comedias y mató a un hombre", éstas conocieron una mayor intensidad. Convertida en cuartel de soldados durante veinticinco años (1715-1740), la casona alojó entre sus muros a la tropa que había venido a instaurar la nueva dinastía borbónica hasta que, desalojada por fin la milicia, se realizaron nuevas obras para decorar y embellecer

su fábrica tanto interior como exteriormente, con la colaboración de técnicos y artistas venidos de fuera.

Finalmente, el 3 de febrero de 1853, la vetusta "Casa de las Comedias" empezó a ser derribada, con la idea de construir en su solar un nuevo teatro, más acorde con las necesidades de la gente y de la escena.

■ La princesa y el príncipe

Decididos a poner manos a la obra, una comisión de prohombres ciudadanos recorren Europa y visitan los mejores teatros del continente, tomando notas para su proyecto en Mallorca. Cuatro años más tarde, el 19 de noviembre de 1857, Palma asiste encantada a la inauguración de su nuevo coliseo al que se bautiza con el nombre de Teatro de la Princesa, en honor de la futura Isabel II, cuyos días se celebraban entonces en todo el país. La

empresa había costado la friolera de 60.000 duros, pero Palma se enorgullece de contar con uno de los más bellos teatros de España. *Guillermo Tell*, de Rossini, y *La vaquera de la Finojosa*, de Luis Eguilaz, fueron interpretadas en la solemne función de estreno, acompañadas de los consabidos recitados de poetas locales, himnos y demás coreografías.

Sin embargo, la alegría de la ciudad fue tan efímera como las mismas glorias teatrales: en la madrugada del 12 de junio de 1858, las campanas de Palma repicaban alocadas anunciando el incendio del Teatro de la Princesa que, en sólo unas horas, quedó reducido a un montón de ruinas. Todo, absolutamente todo, se consumió entre las llamas,

con olor de multitudes, un año antes.

La revolución de 1868 acarreará, entre otras cosas, el cambio de nombre para el Príncipe de Asturias que, a partir de entonces, empezará a denominarse Teatro Principal y así seguirá, hasta ahora mismo, con el sólo cambio de Teatro por "Teatre" por aquello de las normalizaciones lingüísticas.

Las reformas, sin embargo, no han dejado de producirse en el edificio que arrastra, desde su construcción, los inconvenientes de todo teatro a la italiana en cuanto a acústica y visibilidad. El escenario ha sido sucesivamente remodelado, lo mismo que sus instalaciones que, en octubre de

1881, conocían la inauguración de la luz eléctrica, comentada por algún cronista local como "un relámpago inmenso que inundó la sala...". Pero la obra que cambió la fisonomía interna del Principal fue la de 1932-1934, con el corte de la tercera galería para aumentar el aforo, rompiendo buena parte de su estética original.

La última remodelación es la de 1975, con una duración de tres años, que afecta a la decoración interna, camerinos, escenario, mobiliario, climatización e iluminación pero que, pese a todo, no deja el local en las condiciones ideales a las que, a partir de ahora, se va a acercar. Un foso para la orquesta, la supresión del acusado desnivel de su entari-

mado y la habilitación de un amplio espacio bajo el escenario, están en vías de conseguirse para que, cuando menos a ojo de espectador, se roce la perfección.

Pero, más arriba, existe un telar antiguo, un maderamen vetusto y un auténtico bosque de cuerdas, poleas y pasarelas capaces de ser destruidas en un abrir y cerrar de ojos, sólo con una chispa que tardara demasiado en extinguirse.

Es la reforma —tal vez la última— que queda pendiente para que el Teatre Principal, una coqueta y bellísima bombonera, se ponga en línea con las actuales necesidades del espectáculo. ■



El incendio de 1858, según un grabado de Julio Virenque. A la derecha, fachada del teatro, lo único que se salvó de la quema.



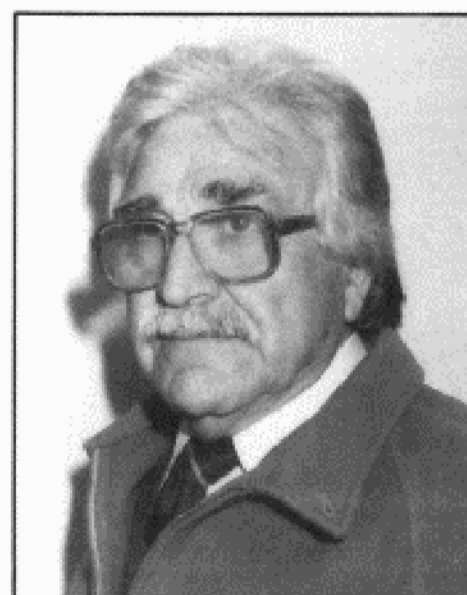
pocas horas después de que los últimos espectadores hubieran abandonado sus localidades, tras una espectacular representación de *Macbeth*, con profusión de fuegos artificiales y espectaculares efectos de pirotecnia que ocasionaron, seguramente, la tragedia.

Pero Palma estaba firmemente decidida a tener su teatro y, tan sólo seis días después del incendio, se reúne una nueva comisión para levantar otro coliseo sobre las cenizas del anterior. Fue el 14 de septiembre de 1860 cuando —con asistencia de la propia Isabel II, acompañada de su esposo Francisco de Asís, de la infanta Isabel y del futuro Alfonso XII— todo Palma asiste a la inauguración de su nuevo teatro puesto, esta vez, bajo la advocación del Príncipe de Asturias. La iluminación de gas puso la nota exótica y la artística —amén de los obligados himnos y poesías— corrió por cuenta de un autor mallorquín, con la presentación de su drama *La campana de la Almudaina*, estrenado en Madrid,

Guiscafré: "La falta de tradición nos resta público"

G. S.

En Mallorca resulta imposible hablar de teatro sin que, más o menos inmediatamente, aparezca el nombre de Serafín Guiscafré. A sus 64 años, el actual director-gerente del Teatre Principal alardea de una envidiosa vitalidad y tiene ideas y proyectos para cubrir tres vidas, al menos, tan largas como la que pasea sobre si este hombre natural de la villa de Arta que es,



juntamente con el teatro, una de sus grandes pasiones.

A los cinco años se estrenó como niño-actor para ser, más tarde, meritorio con Cayetano Luca de Tena, en el madrileño Teatro Español, o actuar, con Borrás, haciendo el Manelic en *Terra Baixa* más de setecientas veces. En Mallorca ha sido fundador de compañías, traductor de obras —una traducción de Alberti le valió, en aquellos tiempos, el anatema del cura de su pueblo—, director escénico, creador de espectáculos, "meteur en scene" de zarzuelas —otra de sus grandes debilidades— y, en la actualidad, responsable del